

PARA EL DIÁLOGO:

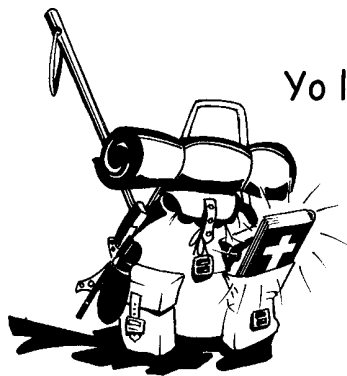
1. ¿Cómo considerarías que está asumido en vuestra parroquia el sentido de la corresponsabilidad (misión compartida) entre los religiosos y laicos? ¿Y el trabajo en equipo entre los diversos grupos o estamentos?

- señalar las tres carencias más importantes
- señalar los tres logros más importantes

2. ¿Qué posibilidades ofrecería la misión compartida en las diferentes tareas de la vida parroquial?

- señalar las tres posibilidades más importantes

3. ¿Qué decisiones urgentes habría que tomar para que la misión compartida se hiciese realidad en tu posición apostólica?



Padre,
Yo les he dado
La Palabra
Y les he
"enviado
al mundo"

Jn. 17,9-11

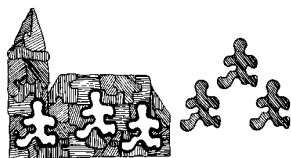
COMUNIÓN PARA LA MISIÓN LA MISIÓN COMPARTIDA

Antonio Sánchez Orantos, cmf.

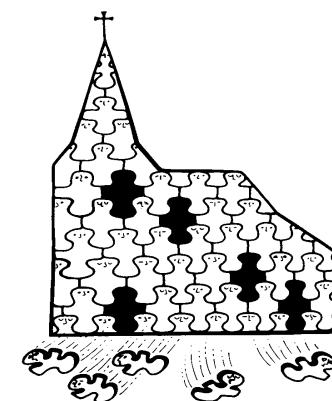


ÍNDICE

1. Introducción	3
2. Primer cambio de mentalidad: Una nueva eclesiología	5
3. Segundo cambio de mentalidad: La misión compartida, una nueva pedagogía misionera	8
3.1. Misión compartida y globalización	8
3.2. Misión compartida y el lugar social de la Iglesia en Occidente	10
3.3. Misión Compartida y cambio de mentalidad de los destinatarios del mensaje	12
4. Tercer cambio de mentalidad: Exigencias de la espiritualidad de comunión	16
PARA EL DIÁLOGO	20



tu vida por su norma recree el amor, la comunidad eclesial. Es el mandamiento de Jesús. Por eso, siempre debe ir acompañada de la praxis de la corrección fraterna. Hoy se advierte la exigencia de encontrar formas de ejercitar la corrección fraterna que vuelvan a resaltar su valor comunitario, como signo y fermento de comunión. Medio para creer juntos, solidarios unos con otros, viviendo a la vez, la franqueza y el perdón. En mi opinión, el contexto de la espiritualidad de comunión en la que nos hacemos responsables de la santificación de los hermanos, en que ponemos en primer plano el amor recíproco y la unidad fraterna no puede ir adelante sin esta corrección que debe ser por amor y que presupone el amor que ha sabido antes cargar con el peso del hermano, sin juzgar y que, después sabe, por amor, objetivar el problema y ayudar a enfrentarlo. Sólo así superaremos todo individualismo apostólico y el sujeto de la misión evangelizadora será la comunidad cumpliendo, así, el mandato de Jesús: “que todos sean uno, para que el mundo crea”.



vida fraterna. Una clásica timidez o pudor en lo tocante a las cosas sobrenaturales, el respeto humano, la educación al silencio y al sigilo en la vida interior impiden con frecuencia que hablemos entre nosotros de Dios, de nuestra experiencia, de nuestros esfuerzos y descubrimientos. En una comunidad se puede hablar de todo, pero se corre el peligro de callar sobre lo que da sentido a la comunidad misma. No hay verdadera fraternidad si no se acepta entrar en la vida del hermano y si no se le consiente al hermano entrar en la nuestra. Pero, sobre todo, lograr ver las conductas de nuestros hermanos ‘desde dentro’ hace desaparecer los celos, las envidias, porque cada uno goza del bien del otro, convencido de que le pertenece. Ya no se ve al otro como antagonista, porque se comparte su don. **Esta comunicación, donde se practica espontáneamente y de común acuerdo, nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración.**



➤ **La pedagogía del perdón y la reconciliación:** La comunidad se hace a golpe de perdón sacramentalizado: reconciliación. Esta actitud de mutua misericordia no se ha de confundir con un irenismo que busca esquivar los problemas para alcanzar una cierta tranquilidad externa. Con frecuencia, en las comunidades, se dejan de afrontar ciertos temas difíciles y se acude al silencio táctico para evitar roces, para eludir conflictos, con una prudencia mal entendida. Por eso, es necesaria

➤ **La pedagogía del discernimiento acompañada con la corrección fraterna:** El discernimiento espiritual en forma de coloquio, guía, acompañamiento o consejo espiritual es un componente necesario del camino espiritual y siempre concluye en la vida de comunidad. La regla de oro del discernimiento: actúa de tal manera que

COMUNIÓN PARA LA MISIÓN LA MISIÓN COMPARTIDA

1. INTRODUCCIÓN

«En los umbrales del s. XXI la Iglesia nos invita a ‘**caminar desde Cristo**’, a ‘**remar mar adentro**’, a **entrar en la ‘hora de una nueva imaginación de la caridad**’ (cf. NMI, 50; CdC, 10). Las palabras de Jesús ‘**para que tengan vida**’ inspiran nuestra respuesta a la llamada de la Iglesia. Nuestra vocación y misión profética nos ponen al servicio de la vida» (*Para que tengan vida*, 4).

- Caminar desde Cristo: llamada a la fidelidad.
- Remar mar a dentro: llamada a salir de nuestras «instalaciones» para recrear la tarea evangelizadora.
- Nueva imaginación de la Caridad: llamada a entregar la vida (caridad-amor-solidaridad-justicia) para que otros tengan vida.

¿Desde dónde responder a estas tres llamadas? ¿Cómo llevar a cabo esta tarea?

La Iglesia nos ha dicho

El primer objetivo de la nueva evangelización es “la formación de **comunidades eclesiales maduras** en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio” (Chl, 34).

“Antes de programar iniciativas concretas hace falta **promover una espiritualidad de comunión**, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristia-

no, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades” (NMI, 43).

Los claretianos hemos dicho

«El lenguaje, relativamente reciente en la Iglesia y entre nosotros, de la **‘misión compartida’**, nace de una comprensión comunitaria de la misión y de la correlación necesaria entre todas las formas de vida y ministerio **para afrontar los retos que nuestro mundo plantea a la evangelización**. Lo intuyó de alguna manera nuestro Padre Fundador cuando nos invitó a ‘hacer con otros’ y a no sentirnos autosuficientes» (NMI, 35).



«Esta forma de entender la misión supone un **cambio de mentalidad** que nos lleva a evitar **actitudes unilaterales (autosuficiencia, autoritarismo, recelos, imposición, dominación masculina, intereses institucionales)** y a **favorecer la colaboración de todos los carismas, la corresponsabilidad, la confianza, la fraternidad y el servicio humilde**» (NMI, 36).

«Por eso, asumimos como prioridad que la **misión compartida** sea nuestro **modo normal de misión** y que todos los claretianos **aceptemos las consecuencias** que esto tiene en nuestra espiritualidad, en la pastoral vocacional, en los procesos formativos, en la vida comunitaria, en el trabajo apostólico y en las instituciones de gobierno y economía» (NMI, 37).

El camino no está hecho. Lo tenemos que hacer entre todos. Es la hora de la imaginación de la caridad. Es la hora de iniciar un proceso de renovación que capacite a nuestras comunidades para res-

se convierte en el gran medio para reforzar las convicciones personales, sin tener que reducirlas al santuario de lo restringido, de lo privado.

- teológicamente, porque sólo es posible alcanzar la verdad de la fe en comunidad, en Iglesia.

Pues bien, sólo una experiencia de comunidad como espacio social de vida hace posible superar la esquizofrenia entre fe y vida cotidiana y garantiza verdaderos procesos de iniciación a la fe, con una formación consistente. Si la fe aspira a emparar todas las dimensiones de la persona, necesitamos un ambiente en que esto sea posible. Si, además, es una experiencia personal de Dios la que acompaña a este ambiente, se deduce su poder para vivir la fe. **Se entiende entonces por qué la *Christifideles laici* propone como primer objetivo e la nueva evangelización “la formación de comunidades eclesiales maduras en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio” (n.34).**



Si esto no ha sido posible después de casi 30 años de trabajar la dimensión comunitaria ha sido porque se ha trabajado más en clave psicológica, de dinámica de grupos, que en clave teológica. ¿Por dónde tendría que caminar la espiritualidad de comunión? Señalemos sus pilares básicos.

➤ **Compartir el camino de fe:** Ante todo hay que declararse explícitamente unos a otros la voluntad de caminar juntos en la vocación a la que hemos sido llamados. A menudo damos por supuesta esta voluntad de fidelidad por el hecho de encontrarnos en la misma comunidad. Pero no basta vivir juntos para tener la garantía de una

plandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio? (NMI, 16). Y este compromiso sólo está al alcance de la comunidad eclesial, en la medida en que vive su realidad de cuerpo de Cristo.

4. TERCER CAMBIO DE MENTALIDAD: EXIGENCIAS DE LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

La propuesta es, pues: *“antes de programar iniciativas concretas hace falta promover una espiritualidad de comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades”*.

¿Qué significado puede tener tal propuesta para nuestra espiritualidad personal y comunitaria? Toda convicción requiere apoyo social, es decir, ser compartida con otras personas. Si esto no existe, los que defienden dicha convicción se encuentran en una situación incómoda: se convierten, dicen los entendidos, en *‘minoría cognitiva’*, es decir en personas que defienden como verdaderas opiniones que no son consideradas como tales por la mayoría. El destino social de este tipo de convicciones es el de ser ocultadas y sólo manifestarse en ambientes restringidos. La privatización o el recurso a «guetos sagrados», que terminan generalmente en posturas fundamentalistas, son tentaciones evidentes.

Por eso, el proceso de personalización de la fe sólo es posible en una comunidad cristiana viva:

- sociológicamente porque proporciona ese apoyo social y ese contexto de relaciones primarias, fuertemente implicativas, que

ponder a este reto.

Ahora bien, ¿cuáles son las claves fundamentales que deben guiar nuestro caminar hacia la **misión compartida**? ¿Cómo llevar a cabo esta tarea?

2. PRIMER CAMBIO DE MENTALIDAD: UNA NUEVA ECLESIOLOGÍA

Hasta la celebración del Concilio Vaticano II, la Iglesia, para darse a sí misma una definición, había insistido en su dimensión visible, jurídica, sociológica y política. Y se presentaba a sí misma como **Sociedad Perfecta** para responder, como todos sabemos, a dos retos fundamentales:

- la crisis de la Reforma, que defendía una idea de Iglesia puramente espiritual, invisible, sin estructuras;
- y la crisis de la modernidad, que se oponía frontalmente a la visión medieval que la Iglesia encarnaba.



Las consecuencias de esta definición quedaron reflejadas con claridad en la «Vehementer nos» de S. Pío X:

«La Sagrada Escritura nos enseña y la tradición de los Padres nos confirma que la Iglesia es por naturaleza, una sociedad desigual, es decir, una sociedad formada por dos categorías de personas: los pastores y el rebaño, los que ocupan un grado entre la jerarquía y la multitud de fieles. Y estas categorías son tan netamente distintas entre sí que sólo en el colegio pastoral reside el derecho y la autoridad necesarias para promover y orientar a todos los miembros hacia los fines sociales de la misma; y que la multitud no tiene

otro deber que el de dejarse guiar y seguir, como un dócil rebaño, a su Pastores» (n° 19-20).

El Concilio Vaticano II supuso un cambio radical de mentalidad. Del enfoque canónico-jurídico se pasó al enfoque bíblico-teológico: La Iglesia se define ahora como «**misterio de comunión**». *La eclesiología de comunión será la idea central y fundamental de los documentos conciliares.*



A este radical cambio de mentalidad eclesiológica se unió la nueva actitud de la Iglesia respecto a la sociedad y a la cultura circundante:

- **Se superaba** la clásica división entre lo sagrado y lo profano, expresión de una «teología a la defensiva» incapaz de superar el dualismo **orden natural/orden sobrenatural**, que necesariamente concluía en la oposición entre lo eterno y lo temporal, la historia y la escatología, la Iglesia y el mundo, imposibilitando, así, la experiencia de fe en la vida cotidiana.

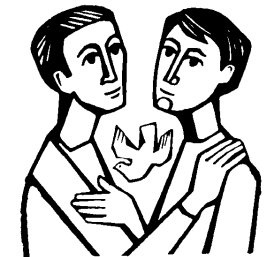
- **Y se recuperaba** la fidelidad al mensaje de Jesús que por ser Dios en «carne humana» quiebra toda posibilidad de oposición entre lo humano y lo divino: la pretensión de Jesús no es generar recintos sagrados separados de la vida, sino que sus comunidades **estén en el mundo y siendo con el mundo sean capaces de ofrecer la vida de Dios (sólo en este sentido no se adecuan al «orden del mundo»)**.

La categoría que permite esta nueva visión teológica es la de **sacramentalidad. Ser signos eficaces de la presencia de Dios en la historia. Ahora bien, la pregunta es ¿de qué Dios? ¿de qué imagen de Dios?** Es aquí donde se juega nuestra fidelidad. Nuestro Dios

- que sea válida para los tiempos de la secularización;
- que posibilite dar contenido vital al lenguaje religioso tradicional, viéndolo encarnado en personas, circunstancias, actividades bien concretas;
- que sea capaz de responder tanto a las exigencias individuales como comunitarias.

Este es el reto. Y la clave para responder va a estar en la comunión que parece la vía más adaptada para proponer el encuentro con Dios a los hombres y mujeres de hoy. Así fue al principio y así siempre será: «**Mirad como se aman**».

En síntesis, sea por las carencias de una fe poco formada o excesivamente sociológica, o por la avalancha de la secularización y sus consecuencias, la mayoría de los destinatarios del mensaje se encuentran en una posición de inferioridad respecto a décadas anteriores. Se han vuelto más “duros de oído” para lo religioso y la acción pastoral no puede seguir dando por supuestas dimensiones religiosas que antes se consideraban comunes y presentes en todos. Incluso, los destinatarios del mensaje, se encuentran en una situación peor que la de los simples paganos, pues deben superar el obstáculo que representa haber recibido de niños una iniciación cristiana: el mensaje les suena a algo oído, a algo ya conocido, aunque haya sido muy superficialmente. Todo ello nos hace comprender que necesitan un testimonio mucho más explícito y palpable. Juan Pablo II, con sabiduría, dijo: **“Los hombres de nuestro tiempo, quizá no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino, en cierto modo, hacérselo “ver”. ¿Y no es quizás cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer res-**



Y cuando experimentamos el rechazo de las propuestas eclesiales, la tentación es acudir rápidamente al expediente explicativo de que una cultura como la nuestra está incapacitada para entender ciertas cosas de la fe. **Sería muy conveniente revisar si hemos facilitado el acceso al mensaje con nuestro testimonio y nuestra actitud de diálogo.** Y, además, es fácil advertir que el lenguaje religioso tradicional se ha quedado vacío, sin significado real, sin referentes vitales concretos. Tenemos por delante el reto de dar un contenido vital, de experiencia concreta a nuestro lenguaje para que su uso se vuelva real y no se malinterprete o incluso se pervierta.



Ahora bien, para alcanzar este objetivo no basta con editar un Catecismo o diccionario teológico que explique con precisión el significado de la jerga teológica. **Recuperar significados comunes y dar contenido a significantes comunes supone un contexto comunitario de relaciones primarias densas y estrechas –no vale el cristianismo sociológico–. Porque así nacieron las palabras cristianas. Una vez más la comunión vivida aparece como el contexto necesario para superar este problema.**

La cuestión de la significatividad es decisiva para la Iglesia. Por ello, es obligado poner de relieve aquellos signos que remitan a Dios de forma inequívoca, incluso para quienes se han vuelto incapaces para lo sobrenatural. **La necesidad de encontrar una «vía directísima para ofrecer a Dios»:**

- para ponerlo al alcance de todos, aunque no tengan preparación ni iniciación cristianas;
- que permita palpar la experiencia de Dios incluso a quien está enredado en dinámicas de pecado o a quien no es creyente;

es el Dios Trinitario, el Dios que es comunidad de personas, unidad en la diferencia, diferencia que no rompe la unidad amorosa. Luego, es imposible ser signos del Dios cristiano en la historia sin que su sacramento fundamental (la Iglesia) se exprese en estructuras de comunión.



Las consecuencias, ahora, son radicalmente distintas. Leamos a Juan Pablo II: *«Otro aspecto importante en el que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de las Iglesias particulares es el de la comunión (koinonía), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia... El gran desafío que tenemos ante nosotros, en el milenio que comienza, es hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión»* (NMI, 42-43).

Y en la exhortación post-sinodal «Vita Consecrata» se dirige a los consagrados con estas palabras: **«A la vida consagrada se le asigna un papel muy importante a la luz de la doctrina sobre la Iglesia-comunión... Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Jesús»** (nº 46). **«La Iglesia encomienda a las comunidades de vida consagrada la particular tarea de fomentar la espiritualidad de comunión»** (nº 51)

El futuro de la Evangelización pasa por la **eclesiología de comunión** que se expresa en la misión compartida. Se trata de ser signos adecuados del Dios de Jesús de Nazaret en la historia de los hombres. Y la pregunta es: ¿Nuestra evangelización que imagen de Dios transmite? ¿Somos creadores de espacios donde se sacramenta-

lice, se haga visible realmente el Dios Trinidad?

3. SEGUNDO CAMBIO DE MENTALIDAD: LA MISIÓN COMPARTIDA, UNA NUEVA PEDAGOGÍA MISIONERA

3.1. Misión compartida y globalización

Estamos asistiendo a un cambio radical del modelo clásico de entender las relaciones humanas. Un **cambio de paradigma**, dicen los entendidos. **La palabra es globalización**. No es nuestra tarea presentar los problemas que la teoría de la globalización encierra para nuestra realidad cultural. Sí afirmar con rotundidad que la Iglesia, tanto universal como particular, podría humanizar dicho proceso y recuperar así su relevancia social:

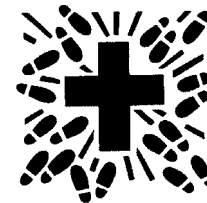
➤ **Si fuese capaz de presentar proyectos de vida donde se conjugue adecuadamente unidad y diversidad**. La Iglesia debería ser maestra en esta tarea

- porque goza de la sabiduría de la Trinidad, la más alta articulación de unidad y distinción que pueda pensarse;
- porque vive y se alimenta del Espíritu, persona divina que realiza la unidad: su don es crear y recrear la comunión, la comunidad.

➤ **Si fuese capaz de sanar fracturas, de acortar distancias, de promover el diálogo entre las hombres y las mujeres de hoy y entre las diferentes culturas (el reto de la inmigración)**. La Iglesia, que ha nacido de un acto de reconciliación entre Dios y los hombres obrado por Cristo en la Cruz, debería ser sacramento de reconciliación en el mundo de hoy. Pero, además, desde la sabiduría de la cruz, posee un criterio decisivo para asumir y sanar las divisio-

escapar de la ansiedad interior, o bien se encomiendan a psicólogos, a técnicas de autoayuda o a echadores de cartas... vendedores de sueños de felicidad... **Es necesario mostrar de forma visible la salvación cristiana a los que ya ni siquiera pueden imaginarla. Si la Iglesia pretende ser una comunidad salvífica primero ha de mostrar que es una comunidad de salvados. ¿No es otro de los grandes signos que puede ofrecer la misión compartida?**

➤ Y que la cultura individualista, la privatización de lo religioso y la desaparición de la mediación social de la religión está propiciando la emergencia de un preocupante modo de acceso a Dios caracterizado por la privaticidad. Un Dios a mi disposición que no exige compromisos: es el cristianismo “light”, el “cristianismo a la carta”, donde uno elige y descarta por meros criterios de conveniencia personal, simpatía visceral o vigencia social. **Todo ello nos indica la necesidad de ofrecer una experiencia de Dios que combine equilibradamente lo personal y lo comunitario; que muestre un rostro de Dios personal pero comprometedor; que combine mística y compromiso misionero. Y creo que sólo la dinámica de comunión garantiza estas características.**



➤ Por último, subrayar que muchas de las doctrinas y propuestas de la Iglesia son contestadas, cuestionadas y hasta ridiculizadas por la cultura circundante. Ya no se trata tan sólo de infidelidad a lo que la Iglesia propone. Se cuestiona el mismo contenido de la propuesta y hasta la misma legitimidad de la Iglesia para realizarla. Sea por las carencias eclesiales, sea por la avalancha de la cultura secularizada, hay una auténtica desconexión entre el mensaje eclesial y su recepción por parte de una mayoría de hombres y mujeres de nuestro tiempo.

3.3. Misión Compartida y cambio de mentalidad de los destinatarios del mensaje.

En nuestra sociedad secularizada se han modificado profundamente los fundamentos religiosos básicos a partir de los cuales se realizaba antaño la acción pastoral de la Iglesia y ya no se les puede seguir dando por supuestos: *“El hombre de hoy, dijo con sabiduría Juan Pablo II, ya no entiende en qué consiste la salvación que anunciamos”*. ¿Qué está presuponiendo esta afirmación?

➤ Que muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo, en especial los hijos de padres secularizados, **ya no tienen experiencia personal de Dios**. Condicionados por la mengua de la transmisión familiar o social de la fe, por la mentalidad cientifista, por el horizonte vital secularista, son religiosamente analfabetos: carecen de la experiencia, del lenguaje, de la tradición y de la cultura religiosa. Y expresan su religiosidad natural en religiones “de sustitución”: dando significado religioso a realidades tan seculares como el deporte, los ídolos de la canción, las “liturgias laicas” del viernes o el sábado por la noche... o, incluso, retornando a viejas supersticiones. **Por ello necesitan que en la acción pastoral se muestre a Dios de una forma mucho más palpable y evidente y por caminos que no exijan una iniciación costosa o difícil. ¿Y no será siempre atrayente un grupo de personas (misión compartida) que luchan por mostrar que el amor, el diálogo y la unidad son posibles en la historia de los hombres?**

➤ Que muchos han perdido la clásica expectativa de salvación y ante la experiencia del vacío o del sin sentido –que no ha disminuido en nuestra sociedad, sino aumentado– ya no dirigen su mirada hacia lo alto. O bien huyen hacia delante, entregándose a alguna de las múltiples adicciones que la sociedad de consumo ofrece para

nes humanas. Mirándose en Cristo, sabe que sólo se redime aquello que se ama. Y el signo más claro del amor redentor es la constitución de comunidades no excluyentes, acogedoras, donde poder compartir la vida.

➤ **Si fuese capaz de encarnar en su vida la opción por la paz.** Las Iglesias y en general las re-li-giones tienen una deuda histórica con la humanidad: han sido motivo de discordias, enfrentamientos y guerras. Si se acepta con radicalidad lo dicho por Juan Pablo II: *«cualquier uso de la religión como soporte de la violencia es un abuso de la religión. Hacer la guerra en nombre de la religión es una contradicción flagrante»*, se abre un horizonte decisivo para superar la lógica de la confrontación y la exclusión y aparece como tarea urgente mostrar que es posible abrir caminos de vida y encuentro, caminos de comunidad, que sepan conjugar unidad y diversidad.

➤ **Si fuese capaz de ofrecer una alternativa viable a los extremismos tanto fundamentalistas (estructuras de exclusión) como relativistas (estructuras de individualismo) que bloquean el encuentro y el diálogo.** No en vano la Iglesia quiere ser sacramento de la unidad de los hombres con Dios y entre sí; y, por eso, se siente llamada a promover la síntesis entre todo lo positivo que hay en todas las expresiones humanas y la novedad que procede de Dios. Y por querer ser experta en solidaridad, la Iglesia debe ser capaz de afrontar la parte imprescindible cuando se quiere hablar de verdadero encuentro, diálogo y acogida: la capacidad de cargar con las «heridas» ajenas.



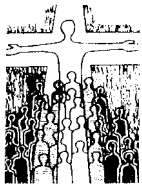
Es evidente que el espacio para llevar a cabo este proyecto humanizador no puede ser otro que la misión compartida/comunión de formas de vida para la misión, porque sólo comunidades vivas

podrán mostrar realmente las posibilidades humanizadoras de la globalización.

3.2. Misión compartida y el lugar social de la Iglesia en Occidente

La **secularización de la sociedad**, exclusión oficial del punto de vista religioso de los asuntos de la vida pública, ha supuesto un cambio decisivo respecto del lugar y del rol que la Iglesia tenía en la sociedad tradicional.

La Iglesia ha perdido su posición de privilegio en el esquema sociocultural. Su mensaje ha perdido la credibilidad que “**a priori**” le concedía su antigua posición. Ahora se sitúa en régimen de igualdad con otras propuestas de sentido y en diálogo con ellas ha de resanar su «autoridad» para evangelizar.



La Iglesia ya no puede seguir viviendo de las rentas de su pasado. Ahora se debe ganar a pulso el prestigio y la acreditación en la sociedad presente. Y no está resultando fácil porque si la Iglesia aspira –y debe aspirar– a que su visión del mundo, su mensaje, pueda orientar la marcha de la sociedad, deberá asumir las reglas de juego de la democracia y trabajar desde los cauces institucionales reconocidos en la cultura actual: proyectos políticos, asociaciones, instancias sociales intermedias..., en definitiva, necesitamos cristianos que sepan hacer presente la fe en la realidad cotidiana. ¿Dónde y cómo formar a estos cristianos? ¿Dónde y cómo encontrarán su apoyo social en una cultura que rechaza “a priori” el mensaje cristiano? ¿Se puede mantener la fidelidad al Evangelio en soledad?

Por otra parte, la **privatización de lo religioso** deja a la Iglesia en una situación socialmente incómoda: una institución que se dedica públicamente a algo que la mayoría considera asunto privado será siempre interpretada en sus presencias y declaraciones como grupo social que pretende mantener su propio ‘status’ o defender su propia visión del mundo. La Iglesia tiene que mostrar en la cultura de hoy que su mensaje es humanizador para todo hombre y en toda sociedad: ¿y no sería la constitución de grupos de alta calidad humana (misión compartida) un signo evidente de su poder humanizador?



En definitiva, ¿estamos preparando a la comunidad eclesial para seguir realizando su misión en medio de esta sociedad sin la enorme cobertura que representaba el régimen de Cristiandad? Es evidente que la ausencia de privilegios constituye una situación que nos acerca al evangelio y de ello deberíamos estar contentos. Pero, a la vez, hemos de ser muy conscientes de lo que esto implica: se requiere un testimonio más puro, más auténtico, sin ambigüedades. Se exige una vida evangélica sin componendas. En el fondo porque de lo que se trata es de edificar una nueva forma de institucionalización de la fe cristiana que sea querida, admirada y sentida como propia en la sociedad actual. **Y, por supuesto, aquellos grupos sociales que no defiendan la participación de todos, que no eduquen en proyectos de corresponsabilidad, que no fomente la autonomía personal y que no se estructuren desde la ética del diálogo, el acuerdo mutuo y la búsqueda comunitaria de la verdad no tendrán futuro. Son los valores que se esconden en el proyecto de Misión Compartida.**